



Kirchnerismo: una controversia cultural

(HORACIO GONZÁLEZ)

Puñaladas
ENSAYOS DE PUNTA
COLIHUE

HORACIO GONZÁLEZ

Kirchnerismo:
una controversia
cultural

Puñaladas

ENSAYOS DE PUNTA

COLIHUE

(ÍNDICE)

PRÓLOGO	7
CAPÍTULO I: MILITANCIA Y FORTUNA DE NÉSTOR KIRCHNER.....	13
El político y sus poderes	13
Los hombres armados	20
La foto	26
Calafate.....	31
Conversaciones con Torcuato Di Tella.....	36
¿Capitalismo de amigos?.....	39
El peronismo.....	48
Las izquierdas y el kirchnerismo	58
Proyecto Sur: Pino Solanas.....	60
La polémica Galasso-Altamira	66
CAPÍTULO 2: LA RECEPCIÓN CULTURAL DEL KIRCHNERISMO.....	77
Mariposeos.....	77
Nicolás Casullo	80
Carta Abierta	84
José Pablo Feinmann.....	89
Ernesto Laclau	100
Martín Caparrós	107
Ricardo Forster	112
Tomás Abraham.....	117
Beatriz Sarlo	121
David Viñas	134
León Rozitchner	137
Horacio Verbitsky	146
Proliferación de embestidas y de voces: el “lugar raro”	150
CAPÍTULO 3: LA CUESTIÓN DEL MITO Y LA HISTORIA ABIERTA	163
¿Se puede forjar un mito político?	163
¿Quién era Kirchner?.....	172

La fragilidad y la furia	181
6, 7, 8	186
La Presidenta.....	188
Vargas Llosa: ¿quiasma?.....	200
Lo que vendrá.....	214

(PRÓLOGO)

La política es ambiciosa en sus proyectos, pero en el mundo de los mortales quiere ir a lo seguro. Habla con nombres propios. *Kirchnerismo*, pronuncia. Pero es cierto que hay nombres dentro de los nombres, y a la manera del árbol de Porfirio, puede irse de lo general a lo particular. O al revés, del nombre singular del fenómeno hacia las sucesivas capas que lo recubren. Kirchnerismo, habitando el peronismo, que a su vez habitaría el keynesianismo, que por su parte se expresaría en el estatismo, o en el nacionalismo democrático, o en el centro izquierda... No, no. Ya vemos que así no se asciende fácilmente de menor a mayor ni viceversa. Algo sobra en cada caso, las piezas no encajan perfectamente, algunas contienen elementos que se pierden en el pasaje a una generalización supuestamente superior. Incluso, se piensa a veces que estamos produciendo una generalización, pasando un nombre particular al nivel más abstracto que le sigue, pero sin embargo no hacemos otra cosa que entrar a otro dominio, muy diferente al anterior.

¿A qué llamamos kirchnerismo? Al modo en que el nombre de un individuo pasa a señalar un conjunto de preceptos y ánimos para la acción. Al modo mismo en que ese nombre se hace capaz de impregnar a todos los que adhieren a él. Esos signos y expresiones originan una rara empatía. Puede tratarse de una adhesión propia del personal de una organización –social o partidaria– presidida por la persona que le da nombre al grupo de los vinculados. O algo más amplio, en la certeza de que ese nombre empapa la referencia a cuestiones concretas, doctrinas declaradas o difusas, lo que suele empalmar con lo que se denomina un “clima de época”. Todo fenómeno empático tiene algo de secreto sufrimiento ante la eventualidad de tomar como convicción propia la vida o las ideas de otro. Pero si es veraz el sentimiento de hacerlo, el otro también recibe su pizca de sufrimiento. ¿Quién sería él para merecer que su nombre, como donación, embargue las creencias ajenas? La teoría política más sagaz, desde hace siglos, intenta responder este enigma.

La composición que parte de un nombre y le agrega el sufijo *ismo* –que revela la existencia de una doctrina o una modalidad del ser– es la más habitual de las identificaciones políticas. Marx se quejó alguna vez de que se empleara “marxismo” para indicar las novedades que él introducía. Le parecería que él

siempre problemático nombre de un sistema de ideas podía perder su aureola científica si aparecía así personalizado. Freud tuvo un poco más de suerte, y habita de forma cómoda la cartuja que de todos modos lo señala directamente, el *psicoanálisis*, aunque su nombre es su ilustre e implícita reserva interna.

¿Peronismo? Si alguien estudiara el efecto que produce la estela de un nombre sobre un conjunto amplio de ideas, percibiría los casos notorios en que la fusión es más precisa. Por ejemplo, aún hoy, decir *peronismo* permite aludir, a un tiempo, a la proyección ejemplar de la existencia de una persona y a una doctrina. De modo que en esa fusión no se sabría a qué parte de un carisma personal acude un seguidor, discípulo o prosélito para justificarse, o si en efecto, el prosélito es de los llamados “doctrinarios”, que apela aun dentro del populismo –si esto fuera posible– a una vieja consigna socialista –la recuerdo pintada en mi barrio, en años de la adolescencia– “hombres no, ideas”.

El peronismo fue ubicuo y evasivo con los nombres, como si supiera de antemano las dificultades que acarrear. Su decisión más contundente fue llamarse “peronismo” pero dejando los pasillos y alas del edificio atestadas de nombres paralelos, circunstanciales u olvidados, sacerdotales o en pantuflas. *Justicialismo* para las jornadas doctrinarias; *nacional-justicialismo* para las vestimentas más orondas; *peronismo* para las militancias; *movimientismo* para las conciencias advertidas que aceptaban una solución organizativa de tonos amplios, aluviales; *frente justicialista de liberación nacional* cuando los aires de apertura hacían posible atraer nuevos contingentes humanos, con amalgamas novedosas, el “justicialismo” tradicional junto al nombre para transitar plenamente aquellos días, “liberación nacional”.

Es inevitable que la política sea el intento de envolver al argumento *ad hominem* con el prestigio que surge de un acervo de ideas que transitan por cada época. Podrá decirse, en tren de generalización elegante: *Gobiernos nacional-populares de movilización social* y no peronismo. No obstante, el peronismo siempre lo esperó todo confiando en su nombre propio. Se animó a mucho. Su creador decía “nadie hará las cosas por él de modo que él deba agradecerle”. Afirmó haber mediado entre doctrinas mundiales que curtían la piel de la humanidad, como el capitalismo y el comunismo. Ninguna de estas denominaciones eran sostenidas por el emblema primero del nombre de una persona, aunque “capitalistas” y “comunistas” tuvieran teóricos, propagandistas y escritores eximios cuya biografía conocemos. Eran nombres de la imaginación histórica consagrada, encarnaciones hegelianas de la tendencia general. El peronismo asume en cambio el nombre de justicialismo para colocar una cuña problemática, otra posición llamada “tercera”, en el catálogo binario de las grandiosas luchas de los siglos XIX y XX. Sus pretensiones eran notorias,

tanto como las que tenía el *gaullismo*, el otro nombre tercerista, aunque en el diálogo de Malraux con De Gaulle en *Les chènes qu'on abat*, las breves menciones que ambos hacen del peronismo no son auspiciosas. No consideraban que un líder latinoamericano estuviese a la altura del mesiánico ascetismo republicano de *Le Grandeur*.

En este libro emplearemos a menudo el concepto *kirchnerismo*. No sabríamos cuándo, en qué condiciones aparece el *ismo* que le agrega un difusionismo social y conceptual al nombre propio, personal. ¿Obedece a la intensidad de lo que se ha movilizadado en materia de cuerpos e ideas, al punto de forjar tendencias y posibilidades de generalización? ¿O todo momento histórico —o todo período constitucional, su forma institucional pequeña— se bautiza para el calendario colectivo, como el paso de un cometa o el tramo de un año solar, con el nombre de quien llena el período con una actividad imperiosa e inviste de nombre a sus partidarios? Kirchnerismo: es evidente que no partimos de un acuerdo sobre lo que significa, ni poseemos una definición que tranquiliza cada oración donde aparece.

No es un concepto sociológico ni una corriente de ideas —aunque ciertos rasgos de todo eso tiene— pero es un punto emergente de un texto que dice tratar del tema, unificando el escrito en una única pregunta, laboriosamente respondida: *¿qué es el kirchnerismo?* Para nosotros, que escribimos este libro, y para el lector, en primer lugar es lo que sucede todas las veces que aparece ese nombre asociado a problemas reconocibles de la política, a visiones de la sociedad. Desde luego, son los debates que ante la emergencia de un hecho nuevo —precisamente esa palabra, ese concepto espontáneo—, llevan a sentir que alguien lo incorpora a su lenguaje como una posibilidad propia, adquirida. O como síntoma de reniego. Es un hito del lenguaje corriente que traza un punto de encuentro, un desacuerdo, un fastidio o una bonanza. Toda palabra cierra en forma incompleta un conjunto de significaciones, pero aceptar que es en ese estado que nos dice algo, es el arte perseverante del lector. Esa perseverancia la instala hasta la próxima acometida del perito deconstructor, la que puede tardar años o siglos. Cierta vez, a Nietzsche se le ocurrió que todos los problemas filosóficos partían del *quién*, de la capacidad de detectar en su irreductible singularidad la autoría póstuma de todo hecho humano.

Pero en este caso el *quién* está en disputa, como corresponde. La ansiedad por los nombres propios pasa de mano en mano y cada vez que la historia se detiene en uno, surgen los dilemas que lo condicionan, tanto como las perplejidades de los que lo levantan. El área está libre para la controversia, favorecida incluso porque —es el caso que nos ocupa— el kirchnerismo no tiene textos. En cambio, es fuerte promotor de símbolos. ¿Cómo así? Kirchner acuñó infinidad

de frases salidas del arcón habitual de las consignas. “No dejaré mis convicciones en la entrada de la Casa de Gobierno”; “somos hijos de las Madres de Plaza de Mayo”; “Mesa de desenlace”; “Generales mediáticos”, etc. Pero ellas representan un ejercicio habitual del político en torno a las palabras de orden, que brotaban al compás de las alternativas de los conflictos que se vivían. Ejercicios que no son concesivos, en este caso, a textualidades más articuladas. Hay un discurso que lee Kirchner frente a Bush, Fox y otros presidentes, en Mar del Plata, en 2005, discurso que brota nerviosamente, sentando una posición de extrema reticencia hacia los usos y costumbres de los EE.UU. en su relación con los países latinoamericanos. Allí formula una de sus muletillas, que al parecer desde tiempos tempranos los acompañaba: “hay una verdad relativa nuestra, una verdad relativa de los otros, hasta conseguirse una síntesis”. Relativismo consensualista con suave matiz dialéctico, en esa oportunidad parecía más una advertencia desde una de las “posiciones relativas” que un proyecto de síntesis entre diversidades.

Al no haber un texto más pormenorizado capaz de explicar en profundidad estas percepciones sobre el trámite del conocimiento, estamos ante un pleonasma muy efectivo, que tiene valor conciliatorio en sus formas y una intencionalidad profunda más intranquila. La que reafirma siempre las propias trincheras, esa suficiente “relatividad nuestra” que brotaba a menudo de las alocuciones de Néstor Kirchner a modo de intento práctico de describir el archipiélago de voces que aturden la escena. Cuando decimos entonces que el kirchnerismo no añora ni promueve textos, nos referimos a su evidente desapego a la presencia de los escritos fijados de antemano, subyacentes al acto de dar una palabra pública. Kirchner leía con incomodidad los informes al Parlamento, y en cierta oportunidad dejó de lado los papeles para extender su coloquialismo, indicando incluso que así se sentía más cómodo. Es cierto que los papeles suelen contener el aporte de oficinas de asesoría y construcción de textos, cuya realidad suele ser grisácea, empalagada por la prosa oficial. Pero también puede considerárselos como sostén de una idea de presencia y fuerza política, inspirando solidez, militancia y verdad, superior a la voz emanada del representante político, aunque sea diestra y bien torneada.

Este último es el caso de la presidenta Cristina Fernández, habilidosa oradora con un tinte efectivo de desafío y confianza en su inspiración repentina. Esas son las voces internas de su oratoria: desafío, confianza, repentismo en asociaciones de ideas que solicitan la cuerda mordaz, lo que siempre deja un reguero polémico. Logra fórmulas inesperadas en sus lances y alegatos. Alecciona, reconviene y pasa de tonos severos a coloquialismos mordaces sin deslindar una situación discursiva basada en trances lacónicos de otra, en que aparecen soluciones

irónicas o sobradoras. Sostener algunas de estas pericias en ayudamemorias o textos preparados, no es algo que sea cultivado por la primera magistrada. Ni siquiera en situaciones de apertura a las sesiones legislativas recurre al texto preparado, con la reciente excepción del discurso leído a comienzos de marzo del 2011, donde parecía haber un sucinto ayudamemoria. En cambio, desgrana temas con solvencia y generalmente sin pilares materiales a la vista, las clásicas notas del orador. Hace temblar, es lógico, las estructuras de organicidad del discurso, lo que se acentúa con derivas de fuertes observaciones punzantes hacia el contexto ambiental en donde se despliega la jornada de oratoria. La frecuente renuencia a usar basamentos escritos para el discurso, incluso en los momentos en que se enuncian imprevistas prescripciones (como la ensayada a huelguistas rosarinos en febrero de 2011 diciendo que no es lo mismo hacer huelga durante el neoliberalismo que en momentos en que hay un gobierno que defiende el salario obrero), caracteriza el modelo enunciativo del kirchnerismo en sus nuevas etapas y manifestaciones.

Sin embargo, es fuerte productor de símbolos, fabricados con la materia visual emanada de la era comunicacional y de la industria cultural. Solicita para ello pequeños utensilios y gestos, entre lo accidental y vocacional, entre lo espontáneo y lo sagaz. Firmar decretos de Estado con birome *bic*, era lo que le gustaba al presidente Kirchner en los primeros tiempos. Era un gesto para acentuar la ontología plebeya del poder. Su indumentaria cargada de signos de informalidad solía ser mencionada incluso en las crónicas políticas. El apelativo de “pingüino” era sin duda cariñoso y hasta inventado por él mismo; pero basta que se generalizara en la jerga política argentina, para que Kirchner viera ahí uno de los tantos filones para acentuar un punto de partida basado en lo que llamaríamos el orgullo del débil. “Y dicen que soy pingüino... ¡y qué!”. El kirchnerismo, lo supiera o no, promovió en política la dichosa debilidad, la productividad del débil político.

Hacer girar el bastón presidencial como un prestidigitador en la ceremonia de asunción del mando, fue un acto que concitó grandes comentarios. ¿Seprendía de allí un trato de informalidad creativa y de fuerte sentido lúdico para actuar en los penumbrosos hangares del Estado? En todo caso, produjo muchas coletillas favorables entre quienes sintieron la extraña picazón de un llamado. En las memorias que sucedieron a su fallecimiento, muchos mencionaron el giro en molinete del bastón de mando como un hecho que los motivó para sumarse a la marcha que se iniciaba. Mariano Grondona, en aquella misma semana, llamó a una especialista en protocolo para que analizara el hecho. El gesto de Kirchner no salió indemne del análisis de dicha experta. Fue condenado. Era lógico.

Un nombre propio origina la saga de sus interpretaciones y estas pertenecerán al mismo *corpus* de ese nombre. Es necesario que se forje una plástica tolerancia al abanico plural de glosas y que exista cierta ambigüedad en torno a los significados. *Que no sean saldados por resultados unívocamente comprensibles*. Una palabra diseminada como corriente de unidad en la acción, precisa pasar por alto los hechos diferenciales que se producen en su seno, que harían peligrar su unidad lingüística. Por eso, al usarse *kirchnerismo* en una frase, o se la lee como si fuera una explicación inequívoca de significados, o bien un significado incierto, de bordes rotos y continuamente comunicantes, que mantiene en riesgosa estabilidad todo lo interpretado. Pedimos que el lector de este libro tenga en cuenta estas posibilidades al toparse con la palabra, pues lo que encontrará en ella, finalmente, es el misterio revelado de la formación de las identidades políticas y quizás de la manifestación misma de los conceptos.

Así que... ¡lector!, no vas a ver aquí una memoria personal, un razonamiento politológico ni un tratado de semiología, pero lo principal de lo que ocurre en este libro implica esta advertencia: cada vez que aparece el nombre de kirchnerismo quedan cosas agrupadas como si formaran parte de un único acervo. Pero es un conjunto de cuestiones diseminadas que, por generoso empeño —y en beneficio de la inteligibilidad general del mundo—, optamos por ver conjugadas. De ahí que el principal problema de este libro, la piedra donde descansa, el concepto de kirchnerismo que le da sustento, a veces consigue explicarse. Y a veces está en el lugar donde la explicación parece ser turbación, perplejidad y apuesta. No ponemos comillas antes de la palabra kirchnerismo para dejarla fluir tranquilamente en el texto, sin la custodia de los broches que cuelgan los vocablos para que se sequen a la intemperie antes de entrar a los escritos.

Este es un libro de crítica, algo que solo sale del acervo anímico general de los seres insatisfechos. Al comenzar su gobierno, es evidente que Kirchner llamaba a todos cuantos podía. Fui uno de los que recibió en su casa uno de esos llamados, invitando a una conversación más larga que finalmente no se produjo. Al pasar Kirchner me dijo: es que precisamos críticas, muchas críticas. Tomo este libro como la conversación que no fue posible concretar.

Libros para incidir.**Relámpago de ideas sobre un cuerpo, deseo de abrir fisuras en el debate argentino.**

Este libro recrea y analiza las condiciones en que surge lo que hoy llamamos kirchnerismo, a la luz de los primeros escritos que lo identificaron como un avatar político novedoso. Se pasa revista al modo en que notorios periodistas críticos evalúan la producción kirchnerista, y se considera de qué manera la vida intelectual argentina en su conjunto fue alcanzada por el debate sobre la autenticidad o la condición "sofística" de este capítulo presente del drama nacional. Se examinan en forma cuidadosa y polémica las intervenciones en este debate de Nicolás Casullo, Horacio Verbitsky, José Pablo Feinmann, Ricardo Forster, Torcuato Di Tella, Pino Solanas, León Rozitchner, Beatriz Sarlo, Tomás Abraham, Eliseo Verón, Martín Caparrós, Norberto Galasso, Jorge Altamira y David Viñas, entre otras miradas del escenario cultural argentino, que como parte de una historia de largos debates se sintieron llamadas a opinar "cum grano salis" sobre el momento actual, posibilitando el ejercicio de esta no ingrata pero sí arisca filosofía del presente.

ISBN 978-950-563-974-8



9 789505 639748

**EDICIONES COLIHUE**www.colihue.com.ar